

PQ6176

M4

V.4



ES PROPIEDAD

FONDO EPIGRÁFICO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.^a, Ferraz, 13.

PRÓLOGO

I.

Interesante espectáculo ofrecen á la consideración del historiador de nuestra literatura los últimos años del siglo XIV y primeros del XV. En ellos feneció el antiguo *mester de clerecía*, levantando, antes de morir, uno de sus más curiosos, aunque menos poéticos monumentos: cobran insólito prestigio entre las clases aristocráticas las ficciones de la poesía francesa, no ya sólo las épicas del ciclo carolingio, tan enlazadas con nuestra propia tradición, sino las degeneraciones novelescas del mismo grupo, y aun las livianas y fantásticas narraciones del ciclo bretón, germen de los libros indígenas de caballerías, cuyo enorme catálogo se abre entonces con la primitiva redacción, probablemente portuguesa, del *Amadís de Gaula*, el más antiguo y el mejor de todos, el que en rigor ahorra de la lectura de los restantes: cúmplase la evolución de la lírica gallega, que abandona rápidamente su lengua y se convierte en escuela de los trovadores castellanos, recibiendo de paso elementos nuevos y perdiendo algunos de los más profundamente líricos y tradicionales; y, como para indemnizar á nuestra literatura de estas pérdidas, al mismo tiempo que se va

010098

apagando el eco de las trovas occitánicas, transportadas á Compostela por los romeros de ultra-puertos, comienza á inflamarse el horizonte con los primeros destellos de una nueva aurora poética que anuncia, aunque tibiamente, la cercanía del sol de Italia. Dante hace su entrada triunfal por el río de Sevilla en compañía de su fidelísimo Micer Francisco Imperial; estampa la huella de su genio alegórico en muchas páginas del *Cancionero de Baena* y de las obras del Marqués de Santillana, é inflama en Córdoba el estro ardiente de un poeta de la familia de Lucano. Poco después las obras de Petrarca y Boccaccio, mirados entonces más bien como eruditos, como humanistas y moralistas que como poetas, empiezan á correr de mano en mano entre príncipes, obispos, maestros y próceres, ya en copias del texto original, hermosas muestras de la caligrafía é iluminación del primer Renacimiento, ya en traducciones que comienzan á hacerse, dando ejemplo el canciller Ayala y el ilustre converso, obispo de Burgos, D. Alonso de Cartagena. La noción de la antigüedad latina va levantándose cada día más precisa y luminosa en todos los espíritus cultivados. De sus intérpretes y reveladores italianos se pasa muy pronto á las fuentes mismas, y como por ensalmo rompen á balbucir en castellano, no ya sólo los filósofos moralistas como Cicerón y Séneca, y los historiadores como Tito Livio y Salustio, sino algunos poetas como Virgilio y Ovidio, aunque no Horacio, cuya dominación en todas partes fué más tardía y enteramente moderna. Aun de la misma Grecia llegan indirectamente algunos raros y dispersos reflejos: de la historia con Plutarco; de la filosofía con las divinas páginas del *Phaedon* platónico; de la poesía con un epitome de la *Iliada*, en que el mismo autor del *Labyrintho* pone la mano. Son todos estos ensayos de adaptación prematuros sin duda, toscos y deformes; la lengua padece violentas contorsiones para acomodarse á la expresión de tantos conceptos nuevos y á los complicados y sinuosos gi-

ros de una sintaxis tan sabia y artificiosa como la latina; á la prosa de Alfonso el Sabio y de su sobrino, tan limpia, grave y jugosa, aunque lenta en su andar y erizada de copulativas, sucede una especie de retórica bárbara llena de inversiones pedantescas y de neologismos estrafalarios. Pero no importa; el grande impulso está dado, de esa confusión saldrá la luz; hay ya el instinto del ritmo prosaico, y en esa aspiración por de pronto fallida á buscar reflexivamente el número y la cadencia de las lenguas clásicas, está el germen de la grande y rotunda prosa del siglo XVI, con que Fray Luis de Granada emuló las magnificencias del periodo ciceroniano. Por de pronto, los escritores del siglo XV hacían lo que podían, allanaban el camino, ensanchaban á su manera los límites del lenguaje poético y prosaico con audacia no siempre desafortunada, á lo menos en la parte de vocabulario; y, sobre todo, hacían obra de educación humana, trayendo á la vida nacional, aunque fuese de un modo rudo é indigesto, los principios y fundamentos de la sabiduría clásica, eterna nodriza de los espíritus robustos y sanos.

Igual evolución se cumplía en Cataluña y Valencia, y allí con más intensidad y más rápidamente, por ser mayor la vecindad y más estrecha la comunicación con Italia, desde que las barras aragonesas dominaban en Palermo, y mucho más después que entraron triunfantes en Nápoles. Olvidados ó no leídos los antiguos trovadores, lo único que restaba de la tradición provenzal, y no de la primitiva y clásica, sino de la pedantesca y degenerada, era el código disciplinario de las justas de Tolosa, *Las Leyes d' Amor*, cuyos preceptos técnicos seguían observándose (aunque cada día con menos rigor) en la parte retórica y externa de la poesía, con influjo más bien gramatical que literario. Pero la poesía de certámenes, aunque floreciese con lamentable profusión en centenares de composiciones insípidas y adocenadas, y degenerase al fin en ejercicio

cuasi mecánico de honrados mercaderes, síndicos y notarios, no podía impedir el advenimiento de otra poesía más digna de su nombre y menos infeliz compañera de la admirable prosa en que habían escrito sus crónicas D. Jaime, Desclot y Muntaner, sus novelas didácticas y sus innumerables libros de filosofía y de todo saber Ramón Lull, sus malignos apólogos Turmeda, su enorme enciclopedia Eximenis; prosa en la cual comenzaban ya á estampar el sello clásico fray Antonio Canals en sus traducciones y elocuentes proemios, Bernat Metge en el diálogo filosófico. Pronto comienza á respirarse en la poesía catalana el ambiente de Italia; los precursores de Boscán en la lengua que Boscán había de abandonar el primero, se suceden sin interrupción durante un siglo; por ellos el endecasílabo provenzal, frecuentemente anapéstico, vacediendo el paso al endecasílabo italiano yámbico ó sáfico, y si es cierto que Dante logra menor número de imitadores que en Castilla, y que su imitación no llega á formar escuela, á pesar de tan notables ensayos como la exactísima traducción ó más bien calco que, terceto por terceto, hizo Andreu Febrer, ó la *Comedia de la Gloria de Amor* del comendador Rocaberti (sin contar con la verosímil influencia en libros populares como *Lo Venturos Pelegrí*); en cambio el Petrarca, y no solamente el Petrarca humanista, sino el Petrarca poeta erótico en lengua vulgar, á cuya lira únicamente responde en Castilla la del Marqués de Santillana en los sonetos *fechos al itálico modo*; no sólo tiene en Valencia y Cataluña numerosa cohorte de imitadores, brillantes é ingeniosos algunos como Mosén Iordi, sino que educa en Ausias March un grande espíritu de pensador y de poeta, entre escolástico y místico, á quien sólo faltó la imaginación plástica para vencer en todo á su modelo, como seguramente vence á todos los poetas del amor en la extraña mezcla de intimidad afectiva y transcendentales conceptos. El endecasílabo, que tan áspero vigor había cobrado en sus manos,

se mueve con clásica gentileza en los versos sueltos de Mosén Ruiz de Corella. Y así la Providencia, que vela por las cosas pequeñas como por las grandes, venia preparando la hora solemne en que los discípulos de Micer Francisco Imperial, de Juan de Mena y del Marqués de Santillana habían de encontrarse con los de Iordi y Ausias March en el puerto de Barcelona, y, reconociendo la fuente común de sus inspiraciones, habían de sellar el pacto de alianza por mano de los Dioscuros de la lírica italo-hispana, Boscán y Garcilasso.

Tanto vale y tanta importancia logra como periodo de preparación el siglo XV, cuyos gérmenes literarios están en los últimos años del XIV. Pero antes de despedirnos definitivamente del *mester de clerecía*, y contemplar, no sin alguna muestra de duelo, cómo descendiendo á la tumba el antiguo alejandrino, que, con toda su pesadez y monotonía, había sido el metro de la más admirable de nuestras *gestas* épicas y del más picaresco y maligno de nuestros poemas cultos, y el instrumento habitual de una poesía narrativa y didáctica, no muy brillante por lo común, pero sí sana, honrada y sencilla, debemos fijar la atención en el último poeta de *mester*, que por raro caso no es ningún clérigo obscuro que, en apartado monasterio, conservase las tradiciones y gustos de una época literaria ya fenecida, sino un hombre de acción política intensa y devoradora, mezclado en todas las agitaciones y tumultos de la vida de su tiempo, familiarizado con la cultura de las cortes extranjeras por sus embajadas, destierros y cautividades, ardiente promovedor de la civilización literaria, escritor eminente en prosa, y el primero de la Edad Media en quien la historia aparece con el mismo carácter de reflexión humana y social que habían de imprimir en ella mucho después los grandes narradores del Renacimiento italiano. Fácilmente se entenderá que aludimos al Canciller Pero López de Ayala, gloria envidiable de la ciudad de Vitoria, y

hasta el presente quizá el único escritor de genio que han producido las regiones vascongadas, no muy féculdas en esta parte, si bien otras excelencias de su historia compensen este defecto.

No era, con todo, enteramente vascongada su progenie. Nacido en Vitoria, ciudad ya medio castellana, de padre alavés y madre montañesa (1), pareció juntar en su persona los opuestos caracteres de las dos razas que desigualmente se reparten el Norte de España, y fué perseverante y tenaz como el euskaro; astuto, cauteloso y sutil como el cántabro. Así acertó á atravesar con fama de hombre honrado y de buen caballero el calamitoso siglo XIV, sin mancharse, como casi todos sus contemporáneos, con actos de brutal fiereza, sin cometer ninguna acción positivamente indigna, pero sin descuidar un punto el propio provecho, sacando partido hasta de sus desgracias y reveses, para acumular sin tasa, pero también sin escándalo de nadie, señoríos, alcaldías, tenencias, heredamientos y buena cantidad de sonantes doblas; con lo cual, de pobre solariego del Norte, vino á ser prócer opulentísimo, canciller del Reino y arbitro de los destinos de Castilla, haciendo sus evoluciones políticas tan á punto y con tal destreza y tan aparente color del bien público, que el mismo Maquiavelo le hubiera saludado como aventajadísimo precursor teórico y práctico de sus máximas y aforismos, principalmente en lo de bordear los límites de la inmoralidad sin caer resueltamente dentro de ella. Su larga vida (1332-1406), que le permitió alcanzar cinco reyes en Castilla, fué una obra maestra de engrandecimiento y medro personal, una verdadera obra de arte más interesante que su *Rimado de Palacio*, aunque menos noble y severa que sus *Crónicas*. Es cierto que la fortuna no le desamparó nunca, pero fué porque él supo forzar á la fortuna y someterla á la fría combinación de sus cálcu-

(1) Fernán Pérez de Ayala y Doña Elvira de Ceballos.

los, que no le fallaron ni una vez sola, porque iban fundados en profunda observación de la naturaleza humana. Quien escriba la historia de nuestra Edad Media verá en él el primer tipo de hombre moderno.

Pero tampoco le faltó ninguna de aquellas cualidades que en la Edad Media daban la superioridad y el imperio: contextura recia y musculosa; valor que, siendo reflexivo, parecía temerario; destreza suma en todos los ejercicios de armas y caballería, de cetrería y monte; robustez física que explica su lozana y briosa vejez, á pesar de haber sido «muy dado á mujeres, más de lo que á tan sabio caballero como él convenia», en frase de su sobrino Fernán Pérez de Guzmán. Alcanzó, siendo niño, los últimos resplandores del sol de gloria que iluminó la frente de Alfonso XI en el Salado y en Algeciras, y los últimos ecos de la doctrina moral de Don Juan Manuel y de su propio tío el Cardenal Barroso, que con su libro del *Concejo y consejeros del Príncipe* parece haberle iniciado en los primeros rudimentos de la ciencia política. Crióse entre los donceles del palacio de Castilla y de la casa del Infante de Aragón, y entrando al servicio de su natural señor el rey Don Pedro, hizose en breve tiempo tan bien quisto, que ya en 1359 corría y salteaba como capitán de su flota las marinas de Valencia y Cataluña, y comenzaba á mejorarse con los provechos de alguacil mayor de Toledo.

Pero llegaron malos días para Don Pedro: la insensata fiereza de su condición, su vesania congénita é incurable, sus alternativas de rigor y flaqueza, lo arbitrario y desconcertado de sus actos, sus sangrientas justicias, que hasta cuando lo eran tomaban aspecto de crueles venganzas, le fueron enajenando voluntades y despertando ambiciones indignas en sus hermanos bastardos, que pronto encontraron apoyo en el rencor, hartos justificados, de Francia y Aragón. Cuando D. Enrique de Trastámara, al frente de una horda de mercenarios, se proclamó rey en Calahorra, y Don Pedro,

cediendo á una de aquellas crisis de pavor que en su desequilibrada naturaleza alternaban con rasgos de indómita arrogancia y ciega temeridad, huyó con sus tesoros á implorar el auxilio de los ingleses, Ayala y su padre Fernán Pérez, que eran hasta entonces del número de sus más predilectos servidores, y que no habian recibido de él más que mercedes, según el mismo cronista confiesa, entendieron que *los fechos de Don Pedro no iban de buena guisa, y determinaron partirse de él, con acuerdo de non volver más.* El precio de esta defección, consumada y contada con tanta lisura, fué por de pronto para Pedro López el cargo de alférez mayor de la Orden de la Banda, cuyo pendón llevó por D. Enrique en la batalla de Nájera, combatiendo bizarramente contra la caballería inglesa del Príncipe Negro, hasta caer rendido y prisionero. Seis meses de cautiverio y un crecido rescate fueron pequeña contrariedad de que supo indemnizarse con creces, llegando á Burgos á la hora precisa de la nueva y victoriosa invasión de D. Enrique. Su buena suerte le libró de intervenir en los horrores de Montiel, pero fué de los más favorecidos en el reparto del botín que llamaron *mercedes enriqueñas.* En 1369 obtuvo la Puebla de Arciniega, la torre del valle de Orozco, la quietud y pacífica posesión del valle de Llodio, por el cual su padre litigaba hacia muchos años: en 1374 los cargos de alcalde mayor y merino de la ciudad de Vitoria y la confirmación del mayorazgo fundado por su padre, que ya por este tiempo se habia hecho fraile dominico: en 1375, finalmente, la alcaldía mayor de Toledo, puesto de los más preeminentes y codiciados en aquella era.

Consejero y favorito de D. Enrique II y de Don Juan I, tuvo Ayala ocasión de mostrar sus especiales aptitudes diplomáticas en misiones á las cortes de Aragón y de Francia, ganando por donde quiera amigos y valedores, especialmente cuando asistió al rey Carlos VI con los avisos de su prudencia militar en la

batalla de Rosebeck, y obtuvo por ello en 1382 título de camarero suyo, amén de una pensión anual de mil francos de oro. Ni le fueron inútiles tales amistades de allende los puertos cuando llegó el trance más amargo de su vida, es decir, cuando al promediar el mes de Agosto de 1385, la temeridad del rey D. Juan y de sus donceles, contrastada en vano por el buen consejo de Ayala y de Diego Alvarez, lanzó á los castellanos al desastre de Aljubarrota, donde totalmente fueron deshechas nuestras haces, con inminente peligro de la vida ó libertad del mismo rey, salvado sólo por el heroico sacrificio del alavés Pero González de Mendoza. Entretanto su paisano y próximo pariente Ayala, que llevaba en aquella jornada, como habia llevado en la de Nájera, el pendón de la orden de la Banda, caía, después de porfiada y sangrienta resistencia, cubierto de heridas y quebrados dientes y muelas, en manos de los portugueses, que por más de un año le tuvieron encerrado en una jaula de hierro en el castillo de Oviedes, con la codicia de sacar por su persona crecidísimo rescate; no menos que treinta mil doblas de oro, que hubo de pagar al fin su mujer Doña Leonor de Guzmán con ayuda de su pariente el Maestro de Calatrava y de los reyes de Francia y de Castilla. A esta cautividad de Ayala debemos el *Rimado de Palacio* y alguna otra de sus obras; pero tal desgracia fué nube pasajera en su vida, y, como siempre, él se levantó más fuerte después de la derrota. Si es cierto que D. Juan I «ovo en sus fechos muy pequeña ventura», según el decir del propio cronista, no fué, en verdad, porque le faltasen nunca las severas amonestaciones de Ayala, cuya elocuente voz, libre de toda sospecha de lisonja y aleccionada por larga experiencia de los casos del mundo, sonó siempre grave y entera en los trances más arduos; ya cuando en repetidas embajadas facilitó y ajustó la concordia con la casa de Lancáster, representante de los derechos de los descendientes de Don Pedro, apartando así de las

costas de Galicia la nube que amagaba desde Inglaterra; ya cuando en las Cortes de Guadalajara, de 1390, y en un discurso que es, sin duda, de las más antiguas muestras de nuestra oratoria política, tronó contra el insensato proyecto de abdicación y repartición del reino, que D. Juan I había formado, pensando con el sacrificio de sus Estados patrimoniales acercarse á la suspirada posesión de la corona portuguesa.

El Rey, enojado al principio con Ayala, le agradeció luego su generosa entereza, que de tan mal paso le había salvado, y con ello creció, si posible era, el crédito de su sabiduría política, confirmado durante la minoridad de D. Enrique III por el voto de las Cortes de Madrid, que le llamó á formar parte del Consejo de Regencia, dentro del cual hizo servicio tan importante como ajustar treguas con Portugal, en 1392, poniendo término así á una lucha estéril y desastrosísima para ambas monarquías peninsulares. Llegado á la mayor edad Enrique III, premiaba en 1398 los eminentes servicios de Ayala con el cargo supremo de Canciller Mayor de Castilla, para su persona, y los de merino mayor de Guipúzcoa y alcalde mayor de Toledo para sus dos hijos. Todavía resistió nueve años aquella férrea naturaleza el peso de la vida política, interpolada con los solaces de las letras, á las que tributaba asiduo culto en las residencias, cada vez más largas, que solía hacer en sus estados de Álava y la Rioja, en los monasterios de que era fundador ó patrono, y con especial predilección en el de San Juan de Quijana y en el de San Miguel del Monte, vecino á Miranda de Ebro. La muerte le saltó casi repentinamente en Calahorra en los primeros meses de 1407, pero aun le había alcanzado el tiempo para llorar muerto á Enrique III y escribir la mayor parte de su *Crónica*.

Tal fué este portentoso personaje, cuya biografía, que se identifica con la historia política de medio siglo, está reclamando una pluma, si no más docta y di-

ligente que la de su único biógrafo y ferviente panegirista D. Rafael Floranes (1); más literaria, en cambio, y más avezada á penetrar en el espíritu de los tiempos y en la peculiar psicología de los hombres de Estado, tan inaccesible para los antiguos eruditos por el medio social en que vivieron, tan comprensible sin esfuerzo alguno para nosotros, que en la inteligente y enérgica fisonomía de Ayala descubrimos rasgos que nos parecen conocidos y familiares. Floranes, además, por el desorden de su método, por el desaseo increíble de su estilo, por la manía que le llevaba á acumular en todos sus escritos especies inconexas, y hasta por la admiración, sincera sin duda y en el fondo justa, pero intemperante y desquiciada, que sentía por su héroe, á quien se empeña en atribuir todo linaje de sabiduría, y el progreso y desarrollo en Castilla de todos los estudios, hasta de aquellos que no cultivó directa ni indirectamente, como la ciencia del Derecho, no es guía enteramente seguro, y, su libro, más bien ha de estimarse como un centón de noticias útiles y á veces exquisitas, aunque impertinentes muchas de ellas al asunto principal, que como verdadera y formal biografía, la cual aun no tenemos.

El Canciller Ayala no es un escritor enciclopédico, como Alfonso el Sabio; pero es, después de D. Juan Manuel, el tipo más perfecto que nuestra Edad Media ofrece del prócer escritor, del moralista práctico, del político que cosecha su doctrina, no en abstractos aforismos, sino en las andanzas y conflictos de la vida. Y es al mismo tiempo, sin controversia alguna, nuestro más grande historiador de los tiempos medios, el único que, sin desdoro, puede hombrearse con los grandes narradores de la edad de oro, desde Mendoza hasta Melo. Y es, finalmente (aunque no del modo exclusivo que pretendía Floranes), iniciador y fautor de un

(1) Publicada esta biografía en los tomos XIX y XX de los *Documentos Inéditos para la Historia de España*.

movimiento intelectual, derivado en parte de la cultura francesa y en parte de la erudición latino-elesiástica; mediante el cual se abren las puertas de Castilla á un nuevo género de prosa de tendencias clásicas, muy diversa de la deleitable prosa semi-oriental que campea en los patriarcales escritos del Rey Sabio, de su hijo y de su sobrino.

«Por avisar é ennoblecer la gente é nación de Castilla, fizo romanzar de latín en lenguaje castellano, algunas crónicas y estorias que nunca antes dél fueron vistas ni conocidas en Castilla» (1). Al frente de estas traducciones descuellan la de las *Décadas* 1.^a, 2.^a y 4.^a de Tito Livio, notable esfuerzo de laboriosidad que pertenece á los ocho últimos años de su vida, y fué realizado á instancias del rey Enrique III: «Me mandastes que trasladasse un libro que es escripto por un historiador antiguo y famoso, del qual face mención San Hierónimo en el prólogo de la Biblia, loando la su alta manera de fablar, el qual es llamado Titus Livius. Et plógovos que lo tornasse en el lenguaje de Castiella; el qual estava en latín por bocávulos ignotos et escuros». Sin duda por lo *ignoto y escuro* de los vocablos, el Canciller explotó más de lo debido la versión francesa, entonces muy nombrada, del benedictino Pedro de Bercheur; pero aun de este modo torcido é imperfectísimo, todavía le sirvió el estudio de aquel gran maestro de la prosa histórica como una especie de ideal superior de narración, al cual procuró atemperarse en sus crónicas, si bien por el temple de su espíritu y por la condición de los hechos que relata, más veces que la generosa y láctea abundancia del historiador paduano, adivinó y renovó las amargas tintas y el enérgico buril de Tácito, con ser autor éste enteramente desconocido antes del Renacimiento de las letras. Los libros que constituían el fondo común y principal de la erudición de los tiempos medios, pasaron casi todos

(1) Palabras de su nieto D. Pedro López de Ayala en la *Relacion fidelissima de su linaje*.

por manos del Canciller, y fueron puestos en lengua vulgar por industria propia ó por la de sus secretarios. La *Consolación* de Boecio, el último romano, el que transmitió á los siglos más oscuros la noción de la lógica aristotélica y las tradiciones de la filosofía moral unidas al prestigio del ritmo clásico y de la disciplina musical; los *Morales* de San Gregorio el Magno, libro predilecto de los Padres de nuestra Iglesia visigoda y fuente principal de las *Sentencias* del zaragozano Tajón, á quien podemos llamar *maestro* de ellas con igual derecho que se lo llamaron los escolásticos á Pedro Lombardo; los tres libros de *summo bono* de San Isidoro, doctrina nunca olvidada en España, suma y fundamento de nuestra primitiva cultura en lo teológico, como lo eran las *Etimologías* en lo secular y profano; la *Crónica Troyana* de Guido de Columna, traducida y retraducida mil veces en los siglos XIV y XV, libro de caballerías de asunto clásico, adaptación de la materia épica de la antigüedad á la comprensión infantil de gentes nuevas, que del sol de Homero sólo podían alcanzar estos débiles reflejos, suficientes, sin embargo, para que el solemne recuerdo de Ilión y de su cantor persistiese en la memoria: la *Caída de Príncipes* de Juan Boccaccio, el cual, merced á Ayala y al obispo Don Alonso de Cartageña, continuador de su trabajo, hacía su entrada en la literatura castellana, donde por tanto tiempo y tan hondamente iba á arraigarse su influencia, ya como uno de los más insignes artifices de la restauración de los saberes clásicos, ya como narrador elocuente y apasionado, más bien que lascivo y picante, de los casos mundanos; todas éstas y otras varias obras, entre las cuales quizá deba contarse el *Valerio Máximo*, trajo ó hizo traer á nuestra lengua el Canciller Ayala «á bien et á provecho de la república», entresacando de todas ellas «dichos de muchos buenos enxemplos et de buenas doctrinas para bien vivir espiritualmente et moral et onestamente».

No menos numerosas, y por todas razones más im-

portantes, fueron sus obras originales. El *Libro de Cetrería ó de las aves de caza*, compuesto para entrete-ner los largos ocios de su cautiverio de Oviedes, y diri-gido al gran cazador D. Gonzalo de Mena, obispo de Burgos, no es ajeno, sin embargo, á las graves espe-culaciones del moralista, que en el ejercicio de la caza ve una manera para «tirar á los omes de ocio et ma-los pensamientos, et que puedan aver entre los sus enojos et cuidados algund plazér et recreamiento sin pecado». Pertenece este libro (1), á un género de lite-ratura didáctico-recreativa muy copioso en la Edad Media, y en el que no se desdeñaron de poner mano tan grandes reyes como Alfonso X y Alfonso XI, tan sabios príncipes y magnates como D. Juan Manuel; libros que, á parte del interés histórico que ofrecen como documentos de costumbres y deportes caballe-rescos, y del no leve contingente de observaciones di-rectas y seguras que suministran para la historia na-tural de ciertas especies y para la geografía de la Península, suelen contener un tesoro de expresiones pintorescas y felices, una riqueza de vocabulario des-criptivo miserablemente perdida en la pobre y apoca-da lengua de hoy, en que todos procedemos por tér-minos abstractos y generales, sin saber concretamente los nombres castellanos de ninguna cosa, de donde nace la impotencia de los más de nuestros actuales escritores para ponerlas vivas y gallardas delante de los ojos, como pone Ayala, por ejemplo, los plumajes, naturas y condiciones de sus azores, falcones, gavila-nes, esmerejones, alcotanes, gerifaltes, sacres, borníes, alfaneques, tagarotes y baharies, y nos informa de sus mudas y *melesinamientos*.

(1) Impreso dos veces en estos últimos años, la primera por la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*, bajo la dirección de Don Emilio Lafuente Alcántara y D. Pascual Gayangos; la segun-da por D. José Gutiérrez de la Vega en el tercer tomo de su *Biblioteca Venatoria*.

Pero el campo de la gloria de Ayala fué la histo-ria, y sin disputa su vocación principal la de histo-riador grande y severo. Estímulo había tenido para ello desde su infancia y dentro de su propia casa, puesto que ya su padre Fernán Pérez, «como era tan grand caballero et tan entendido et mesurado en to-dos sus fechos, se pagaba de decir bien et apuesta-mente et otrosí de alcanzar noticias de letras et de estorias de cosas grandes et nobles que en el mundo hu-biesen pasado», y aun sabemos que movido de dis-culpable vanidad genealógica, había romanceado una *antigua escriptura*, sabe Dios de qué autenticidad, compuesta por «un muy grand caballero de los de Ayala, á quien decían San Velázquez», la cual sirvió de base al tratado del Canciller sobre «*el linaje de Aya-la y las generaciones de los señores que vienen de él*», tributo pagado á las ideas de su tiempo por el grande escritor después del cual bien pudieron repetir sus descendientes con entera verdad aquéllas arrogantes palabras suyas con que el libro comienza: «Avedes de saber que grande cosa, Dios loado, fué antiguamente este linaje de los de Ayala.»

Las tareas históricas del Canciller abrazan cuatro reinados sucesivos, los de D. Pedro, D. Enrique II, D. Juan I y D. Enrique III, éste último sin terminar, porque no alcanzó á ello la vida del cronista, siendo de mano ajena las diversas conclusiones que en los códices se encuentran. En la serie de nuestros monu-mentos históricos van inmediatamente después de las Crónicas de Alfonso XI y de sus tres inmediatos an-tecesores, anónimas hasta el presente; pero si se atien-de á la perfección de estilo y arte, parece que un si-glo entero las separa. El cronista de Alfonso XI, aun-que narrador diligente, bien informado y bastante copioso, no tiene ni el candor épico de la *Crónica Ge-neral*, venerable repertorio de nuestra tradición poé-tica, ni la profunda observación moral, el sentido hu-mano penetrante y seguro, y el vigor trágico que ad-

miramos en Ayala. Si el Rey Sabio y los que le ayudaron en su compilación nos habían dado la epopeya histórica, el Canciller nos presentó por primera vez el drama de la historia. Nada hay semejante en las literaturas extranjeras antes de fin del siglo XV: Froissart y Mateo Villani son cronistas pintorescos y deleitables; Ayala es historiador. No se detiene en el aspecto exterior de las cosas, en el tumulto y pompa de la vida caballeresca, aunque no olvide jamás el detalle preciso y significativo. Lo que más le interesa, como á los grandes maestros antiguos, es el alma del héroe ó del tirano, cuyos senos escrudriña y manifiesta con cierto modo de psicología instintiva, en que lo físico y lo moral están debidamente aquilatados y yuxtapuestos. Los retratos directos son en él muy raros y muy breves, pero de tal poder y tal evidencia, que los personajes de Ayala nos persiguen como sombras familiares; y quizá á él, tenido por malévoló destructor de D. Pedro, debe aquel monarca la mayor parte del prestigio poético que rodea su nombre, porque nada avasalla tanto el ánimo de quien lee en las páginas de un historiador como la intensa realidad, la plenitud de vida que de ellas se desprende. Mucho mejor que á personajes que vivieron ayer, conocemos los españoles la arrogante figura de D. Pedro, que, con cuatro valientes rasgos, lanzó Ayala sobre la tela de su Crónica, emulando la recia concisión de Salustio: «assaz grande de cuerpo, et blanco et rubio, et ceceaba un poco en la fabla: era muy cazador de aves: fué muy sofridor de trabajos: era muy temprado et bien acostumbrado en el comer et beber: dormía poco et amó mucho mujeres: fué muy trabajador en guerras: fué cobdicioso de allegar tesoros et joyas et aljofar et baxilla de oro et de plata, et paños de oro et otros apostamientos.»

Todavía más que en los retratos que, como queda dicho, son rápidos y no muy frecuentes, brilla el arte profundo y reflexivo de Ayala en la composición de

sus cuadros y narraciones y en los diversos artificios dramáticos con que procura dar vida á sus personajes, mostrarlos en acción y hacer que declaren por su propia boca sus más escondidos pensamientos. El uso frecuente del diálogo y la interpolación de epístolas y breves arengas, á la vez que recrea el ánimo con apacible variedad de elementos literarios y realza la animación y viveza del relato, presta al autor medio fácil de insinuar su filosofía política, envolviendo sus propios aforismos en las sentenciosas cartas que atribuye al *sabidor moro granadino* Ben Aljhatib. Así, bajo el manto del historiador, persiste el moralista de la escuela de D. Juan Manuel; y los que, mirados aisladamente, podían parecer lugares comunes de una política infantil, cobran inesperada fuerza con la comprobación histórica y descienden de la vaga abstracción para abrazarse con la realidad é infundirla superior sentido.

Pero aun más que este género de artificio, un poco retórico, pasma en autor de época tan remota como Ayala, aquel talento, en algún modo poético, con que elige y separa las circunstancias que hablan á la imaginación y condena y excluye las que carecen de todo valor representativo; y aquellos ingeniosos rodeos con que va preparando el ánimo del lector para las escenas capitales de su historia, envolviéndole, por decirlo así, en una atmósfera de misterio, y graduando el terror hasta el momento solemne de la catástrofe. ¡Cuánto crece en la fantasía el prestigio pavoroso de la escena de Montiel con aquella especie de fatalidad trágica que se cierce sobre la cabeza de D. Pedro, hasta mostrar cumplida en su persona la terrible profecía de Merlin, interpretada por Ben Aljhatib: «En las partidas de occidente, entre los montes é la mar, nacerá un ave negra, comedora é robadora, é tal que todos los panares del mundo querría acoger en sí, é todo el oro del mundo querrá poner en su estómago. E caersele han las alas, é secársele han las plumas, é anda-

rá de puerta en puerta, é ninguno le querrá acoger, é encerrarse ha en selva, é morirá y dos veces, una al mundo é otra ante Dios.»

Y en otro género, ¿quién olvida la muerte de Garcilasso en Burgos, el suplicio del rey Bermejo, la bizarra competencia de generosidad entre Beltrán Duguesclín y el Príncipe Negro sobre el rescate del primero? Excusado es encarecer el mérito de tales páginas, que quizá hoy mismo son las más leídas de nuestra Edad Media. Con poco más que adobar esta Crónica á la moderna, compuso Próspero Mérimée un libro de historia que compite con sus mejores novelas.

Y si grande es el mérito artístico de las Crónicas de Ayala, no es menor, dígase lo que se quiera, su fidelidad histórica. Cuantas nuevas fuentes han sido consultadas, otras tantas han servido para dar testimonio de su veracidad, no sólo en lo substancial, sino en los pormenores. Lo que él escribió, confirmado está por los cronistas catalanes, como el autor de las memorias de D. Pedro IV; portugueses como Fernán López; italianos como Villani; franceses como Froissart y el biógrafo de Duguesclín. El hecho de su deserción, harto explicable en la relajada política de su tiempo, no basta por sí sólo para hacer sospechoso á Ayala. Su malquerencia contra D. Pedro, si realmente la tuvo en el grado que se supone, más bien hubo de manifestarse por el agrupamiento habilísimo, y quizá un tanto amañado, de los hechos odiosos, y por la misma impasible frialdad con que los cuenta, que por ningún género de falsedad, de la cual tan fácilmente hubiera podido ser redargüido por sus contemporáneos, entre los cuales quedaban todavía tantos partidarios del infeliz monarca. El caso de D. Pedro es un caso de frenopatía, y Ayala no podía adivinar semejante ciencia ni dejar de ver un tirano feroz con veleidades heroicas en el que modernamente se nos aparece como un mozo degenerado é insensato; pero con profundo espíritu de observación y rectitud

de juez, él fué quien nos dejó todos los datos necesarios para resolver el problema aun bajo este modernísimo aspecto (1). El rumor de la Crónica perdida y nunca vista del obispo de Jaén D. Juan de Castro, las adiciones al *Memorial* del Despensero de la Reina doña Leonor, los interesados y sofisticos alegatos que desde el siglo XVI en adelante fulminaron contra la veracidad de Ayala, ya descendientes reales ó supuestos del Rey D. Pedro como los Castillas; ya genealogistas falsarios como el pseudo-Gracia Dei y el Conde de la Roca; ya leguleyos aduladores de la potestad regia como Ledo del Pozo, son cosas harto baladies para que de ellas deba hacerse mérito sin agravio á la memoria del gran Canciller y á la gravedad de la Historia.

La primacia que alcanza Ayala como prosista entre todos los escritores de su época ha perjudicado en alguna manera á la fama de sus versos, que tampoco han sido conocidos en su integridad hasta tiempos muy recientes. El libro que los contiene se designa con el título general de *Rimado de Palacio*, y ha llegado á nosotros en dos distintos códices del siglo XV, no escasos de variantes, perteneciente el uno á la Biblioteca de El Escorial, y el otro á la librería de la Condesa de Campo Alange, recientemente adquirida por el Gobierno para la Biblioteca Nacional. Sánchez conoció el poema, pero no llegó á publicarle. Los primeros extractos, algo copiosos, son los que vieron la luz en la traducción castellana del Buterweck (1829) y en tres excelentes artículos de D. Bartolomé José Gallardo, insertos en las *Cartas Españolas* y en su continuación la *Revista Española* (1832), artículos que, sin duda por olvido, no menciona Amador de los Ríos en

(1) La mejor edición de las *Crónicas* de Ayala continúa siendo la de Llaguno, publicada por Sancha en dos hermosos volúmenes, en 1782. Téngase además en cuenta el libro de las *Enmiendas*, de Zurita.